

Reflexión #4: Recibirlo y llevarlo a Nuestros Hermanos y Hermanas

La presencia eucarística perdurable de Cristo en el Santísimo Sacramento es un tremendo acto de bondad amoroso tierno por un Dios que no es estático ni inerte. Dios se conmueve por la compasión para ayudarnos a acercarnos a su belleza aparentemente cegadora, su total simplicidad. El amor derramado de Dios es una luz que nos guía hacia él. Nuestra oración hablada y no expresada y nuestros esfuerzos por vivir una vida recta nos acercan cada vez más al Misterio Ardiente entre nosotros. Dios y los seres humanos permanecen en el amor mutuamente abierto y que se entrega a sí mismo. “Oh Señor, escucha mi voz cuando llamo; ten piedad y responderme. De ti, mi corazón ha dicho: ‘Busca su rostro’. Es tu rostro, oh Señor, que busco; no me escondas tu rostro” (Salmos 27:7-9). Aun cuando sabemos que la oscuridad y la luz todavía se mezclan dentro de nosotros, nos deleitamos en la realización de nuestros corazones, que se ven radiantes en tu gloria.

Dios Padre toma la iniciativa en Jesús de “ser amigo” de nosotros. Esta amistad es el fundamento de todas las amistades, humanas y divinas. Nuestras relaciones humanas deben reflejar la generosidad de Dios que está más allá de todo mérito de nuestra parte. Si buscamos el rostro de Jesús en la Eucaristía, nuestro siguiente paso agraciado es buscarlo en los rostros y en la vida de aquellos a quienes Dios nos presenta. La autenticidad de nuestra oración se mide en la medida en que el amor a Dios fluye de nuestras vueltas a la vida de los demás que nos rodean. Realmente imaginamos a Dios cuando normalmente nos conmueve ser buenos para nuestros familiares, nuestros suegros, para las personas con las que nos cruzamos en las tiendas o en la carretera. Dorothy Day nos proporciona un criterio desafiante de conciencia cuando ella comenta: “Realmente amo a Dios tanto como amo a la persona que menos amo”. El mandamiento de la Primera Carta de Juan no podía ser más claro: “Queridos míos, amense los unos a los otros, porque el amor viene de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, pues Dios es amor.” (1 Juan 4:7-8). Lo opuesto del amor resta cualquier pretensión de conocer verdaderamente a Dios: “Si alguien dice: ‘Yo Amo a Dios, pero odia a su hermano, es un mentiroso; porque si no ama a sus hermanos a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Este es el mandamiento que recibimos de él: El que ama a Dios también debe amar a su hermano [y a su hermana]” (1 Juan 4:20-21).

El P. Donald Haggerty, un sabio guía espiritual va al grano: “La marca más confiable de un deseo genuino para Dios es el rápido descubrimiento fuera de la oración de oportunidades de sacrificio por el bien de los demás. Entregarnos a Dios en la oración es encontrar una puerta en nuestro corazón que se abra y se abra al corazón de otras personas... La gente a la que no hemos puesto atención de repente atrae nuestra simpatía e interés”. El P. Haggerty concluye: “Este fenómeno que la gente antes ignoraba y evitaba y que de repente ocuparía nuestra atención y deseo sólo puede deberse a la presencia de Dios en ellos y en nosotros”.

Conocer a Dios y su presencia Eucarística que habita en nosotros confirma que somos llamados y enviados a amarnos los unos a los otros. Esta es la comisión que

se nos ha dado al final de cada misa, y la base por la cual seremos juzgados como ovejas del Señor y no como cabras (ver Mateo 25:31-46). Hacer un sacrificio de sí mismo en la oración está orgánicamente relacionado con el sacrificio de nosotros mismos en buenas obras ofrecidas a toda persona que se impone a sí misma, sobre nosotros. Ambos son actos de adoración agradables a la vista de Dios. El converso y místico Adrienne von Speyr vincula nuestra misión en Cristo con la adoración y la alegría: “La adoración de los que creen es siempre el principio y el fin de su misión.”

Al mismo tiempo, no debemos ser engañados si “en las dificultades”, enfrentando nuestros propios límites, ya sea en la capacidad de mantener la atención orante, o de permanecer orientados caritativamente a los demás. Una vez más, von Speyr: “El hecho de que uno llegue a un límite donde uno se siente sobrecargado es en realidad la señal de que la llamada es genuina”. Porque entonces nos enfrentamos a la opción de ocultar o manifestar nuestra necesidad a Dios y a los demás, de una manera que profundice nuestra dependencia mutua. Debemos estar dispuestos a ser vulnerables ante los demás, a confiarles nuestras necesidades, sabiendo que no podemos orquestar sus respuestas.

Los santos pueden estar constantemente dispuestos a ser caritativos; los santos en el proceso se vuelven más verdaderos, más simples, más dignos de confianza en la Iglesia y en nuestra gran cultura donde se intercambia el amor mutuo. Incluso nuestra insuficiencia e imperfecciones son “ligeras” cuando no se ocultan intencionalmente bajo una canasta de orgullo, egos frágiles o engreimiento hipócrita. Aquí, el mandato repetido de Jesús, “No tengas miedo”, es relevante; como el difunto Francis Cardenal George nos tranquiliza: “No tengas miedo de que tu corazón no sea capaz de abrazar a todos aquellos a quienes Dios ama, es decir, a todos”.

El Señor, que no tiene miedo de ser “manso y humilde de corazón”, y que nos recomienda esta bienaventuranza de mansedumbre, nos busca constantemente y nos encuentra si nos dejamos encontrar. Vierte su Espíritu, a sí mismo en nuestros corazones y mentes para que podamos hacer lo mismo por nuestras hermanas y hermanos. Llevemos sabiduría, amor, sanación, esperanza y nuevas perspectivas de comunión a un mundo donde las divisiones son muy reales: divisiones políticas, divisiones económicas, divisiones raciales, divisiones dentro de nuestra Iglesia y comunidades parroquiales. Estaremos libres del miedo si simplemente amamos como Dios quiere, porque la voluntad de Dios y la nuestra se hacen benditamente una. Nuestros rostros se ven unos a otros tal como somos, y nuestros corazones están llenos de la paz, la presencia, la alabanza y la alegría que todo ser humano desea.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿En qué momento se me ha dificultado amar a mi prójimo?*
- *¿Dónde me invita Dios a sacrificarme por los demás, permitiendo que su amor por mí y mi amor por él se desborden?*
- *¿Cómo puedo crecer en dependencia mutua, tanto sirviendo como siendo vulnerable con los demás?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por el crecimiento en la caridad y en la comunión, para que la Eucaristía que nos une nos confirme en unión entre nosotros y en nuestra misión común de llevar a los demás a Cristo, oremos...*
- *Para una sanación en las divisiones, que las divisiones políticas, las divisiones económicas, las divisiones raciales, las divisiones dentro de nuestra Iglesia y las comunidades parroquiales encuentren sanación en la belleza y simplicidad de nuestro Señor Eucarístico, oremos...*